

Biblioteca Nacional
Florida y Mercedes
Ciudad



ADELANTE!

PERIÓDICO DEL Y PARA EL PUEBLO

PORTE PAGO.

AÑO I — N.º II — Montevideo, Marzo 6 de 1900 — Domicilio: CALLE SUZUKI N.º 125.

Los gobernantes

Boletín — Poliana 27 Diciembre 1897
El Escro 1898.

Querido Henryk Sienkiewicz:

El fondo de la pregunta que V. me dirige me es conocido; no ha suscitado en mí admiración ni indignación, sólo me ha confirmado en la convicción, por paradójica que pueda parecer á las gentes hipnotizadas por la idea fija del Estado, de que los tiempos de los gobiernos violadores han pasado ya, y que en nuestra época los gobernantes, emperadores, reyes, ministros, generales y hasta los miembros influyentes de los parlamentos no pueden ser sino personalidades descendidas al grado más bajo de la escala moral. Esas personalidades no pueden ocupar su puesto sino únicamente en razón de esa misma decadencia moral. Individuos preocupados exclusivamente en monopolizar y ejecutar las matanzas militares, en aplicar la pena de muerte, en mentir sin cesar á sí mismos y á los demás, son esencialmente inmorales.

En el mundo pagano pudo existir un soberano virtuoso, Marco Aurelio; pero en nuestro mundo cristiano, los monarcas, aún los de los siglos pasados, los Luis y los Napoleón, franceses; nuestros Catalina II y Nicolás I; los Federico, Enrique, Isabel, alemanes é ingleses á pesar de todos los esfuerzos de sus aduladores, sólo repugnancia nos inspiran: En cuanto á los soberanos actuales, promovedores de toda clase de violencias y matanzas, se hallan tan por bajo de las exigencias morales de la mayoría que ni nuestra indignación suscitan; sólo merecen lástima y aversión.

No hay para que indignarse contra sus personas, desprovistas del más noble sentimiento de la humanidad, ni menos todavía combatirles; lo necesario es luchar contra esa horrible, opresora y trasnochada máquina gubernamental, que es el principal origen de los sufrimientos humanos. Ha de lucharse, no contra los hombres, sino contra la preocupación de la necesidad de un estado opresor que es un

obstáculo para la humanidad, para el progreso, para ese avance hacia la perfección para el cual tanta capacidad se halla hace ya mucho tiempo. La lucha contra esa preocupación sólo es posible por un medio único, sencillo, poderoso, natural, pero que desgraciadamente no ha sido empleado aún: este medio consiste en vivir fuera de la opresión del Estado, en prescindir de él, en alejarse de él.

En cuanto á los detalles que interesan á V. de su pregunta, á los preparativos que hace el gobierno prusiano para despojar á los propietarios rurales de nacionalidad polaca, también me inspiran más lástima los ejecutores de esa expoliación que los que serán víctimas de ella. Estos se hallan en gallarda actitud, y en otra tierra y en otras condiciones serán lo que han sido siempre. Lo lastimoso es la posición de esos opresores que pertenecen á un Estado de bandidos con los que se han solidarizado. Creo que para todo hombre dotado de sentido moral, es preferible ser polaco arrojado de su lugar, que prusiano solidario de su gobierno.

He ahí mi opinión de lo que ocurre en Posmania, más bien las reflexiones que esos hechos me inspiran.

Dispense V. si mi carta no responde á lo que esperaba de mí. Utilícela de la manera que juzgue más conveniente.

Le saluda afectuosamente

León Tolstói.

(Del «Boletín de la Escuela Moderna», de Barcelona)

Nota

Agradeceremos á los compañeros de Salto, Colonia, Canelones y La Paz, como también á los centros obreros de la capital que han soldado paquetes de *Adelante!*, quieran comunicarnos cualquier irregularidad en el envío; también agradeceremos nos envíen con anticipación todos los datos ó noticias referentes á las agrupaciones que representan y que deseen se les dé publicidad, incluyendo en esto los pedidos de ejemplares.

Se reparte gratis.

Las alegrías del pueblo

¡Viva el carnaval y el excelentísimo señor Dr. Presidente de la República O. del Uruguay D. Claudio Williman!

Con cariño verdaderamente paternal, el primer magistrado se ocupa de su rebaño paciente y tranquilo, para que ninguno de sus carneros tenga que balar de tristezas inconsolables; es cierto, sí, que la vida es amarga, que apenas se vive, reventando de trabajo, que no hay tiempo para leer ni para pensar; pero, teniendo á la cabeza de la administración un cerebro vidente, un alma buena, está asegurado siquiera un momento superior, una hora de olvido y de dulzura, aunque la mente se estravíe y el estómago sufra las torturas del ayuno purificador ó higiénico.

¡Oh, poder inmenso del ingenio! A fuerza de astucias y golpes maestros, es como se perpetúa la obra execrable de los siglos, que tantas lágrimas produce y que engendrará al fin el grito soberbio de las rebeliones populares.

El pueblo que vive abrumado por todas las cargas, sin más esperanzas que un triste mendrugo diario, y un tagurio inmundó ó un hospital donde morir miseramente, con perjuicio de sus intereses; olvidando sus grandes necesidades; con inconsciencia considerable, ayuda de una manera decisiva á su propia degradación y envejecimiento, prestándose para las grandes payasadas, para los vergonzantes escándalos de una época de descomposición que acaso verá surgir de entre su seno la columna de fuego que ha de purificarla.

Era el caos; una multitud espantosa se zangoloteaba sin cesar al compás de los estridentes prodigios de una charanga atardidora; la Plaza de Armas, hermoso nombre, que nosotros cambiaríamos por el de Plaza del Sacrificio, presentaba el más extraño de los espectáculos el último domingo de carnaval: cuadro triste, desconsolador, de esos que llenan de incertidumbres y temores como si se sintiera el desmoronamiento de un mundo. Esa fiesta callejera, ese bochínche á pleno aire, concepción maravillosa del Presidente, fué un insulto, un escarnio, un bofetón que el pueblo recibió con placer como para probar hasta dónde llega la anestesia moral de las almas. La vida pide otras actividades, otras agitaciones; desbordes inmensos; esfuerzos titánicos; alientos poderosos; riesgos fecundos; acciones temerarias, arrojadas, que muestren que aún no han muerto las ideas.

Pero los poderosos, los que sientan su grandeza sobre el dolor y la abyección de las masas

proletarias, lógicos con sus creencias y sus intereses, tratan de conservar por todos los medios posibles, de mantener á las masas en una eterna degeneración para vivir á costa de sus señores y lágrimas, y de cuando en cuando abren una válvula de escape para que sacíen las pasiones y se enfanguen en el vicio y olviden los dolores; y el pueblo, en lugar de rechazar esas miserias y responder á la deslealtad de los que mandan, siquiera sea con un gesto digno, de hombres conscientes, con una protesta muda, pero grande, elocente, dobla la cerviz, recoge el mendrugo, se revuelca en el fango, y duerme luego con la tranquilidad de la bestia satisfecha.

¡Las alegrías del pueblo!

Felicítase el Sr. Williman; felicítoselo todos por sus ideas luminosas y deseémosle otra elección para gloria de la patria y ensumbramiento del pueblo.

¡Pueblo, despierta!

La ambición y la cobardía; he aquí los dos principales factores que han contribuido de una manera alarmante á sembrar entre el pueblo la arraigada creencia de que la idea anarquista es tan solo un semillero de discordias y de crímenes. La falta de tacto y de educación de los que forman parte de la masa gobernada y movida á capricho de unos cuantos, ha hecho que las ideas vertidas por muchos propagandistas que ni conocen ni conocerán en su vida el verdadero ideal anarquista, sean admitidas como buenas, sin reparar para nada en las intenciones ocultas que llevaban consigo los smodichos propagandistas. Y que, desgraciadamente todavía, siguen llevando.

Estamos dispuestos á decir la verdad, aunque á causa de ello nos encontremos envueltos en la atmósfera de odio de los que aquí y fuera de aquí, tanto en América como en Europa, consideran el anarquismo como un escalón más para llegar al consuelo de la literatura ó de la política.

Es realmente vergonzoso que haya quien medre á la sombra de tan bellos ideales, vegetando á costa de las pobres gentes de abajo, faltas hasta de lo que debiera ser natural en el hombre: la vocación del estudio. Es preciso que el pueblo se acostumbre á pensar por cuenta propia, sin seguir para nada los consejos de aquellos que sólo viven para engañarlo. Hay que hacer una siega ejemplar, destruyendo para siempre esas víboras horrorosamente venenosas

que no solamente crean espíritus ambiciosos y traidores, sino que hasta corrompen lo poco bueno que va quedando por esos mundos.

Hay que ser anarquista, sí, pero por convicción, por estudio. De los anarquistas que llegaron á serlo por odio, por rabia, nunca se conseguirá nada. Para ser anarquista no es necesario, ni mucho menos, hacer alardes de antireligiosidad, ni pasarse la vida maldiciendo contra el patrón, ni lanzar palabrotas con las que, cuando más, sólo se consigue demostrar una falta lamentable de cultura y de educación.

Lo decimos de veras. Esta extraña actitud, este embrutecimiento en que á todas horas se encuentra el pueblo, suele á veces desalentarnos...

Pero no, no; nosotros seguiremos adelante...
¡Pueblo, despierta!

Civilización y barbarie

Como lo prometimos en el número anterior, nos proponemos comentar el barbarismo del pueblo francés en la actualidad, aunque no podemos dedicar á esto la amplitud que requiere por su monstruosidad; pretendemos solamente hacer un punto de mira en nuestra hoja de propaganda, para que hacia él se dirijan los ojos de los que, al tanto de la barbarie que comete el mal llamado pueblo, cabeza de civilización mundial, encuentre en nuestras líneas de protesta lo que vanamente habrán buscado en los órganos de publicidad burguesa: la condenación del salvajismo.

Diremos que hace unos días, (esto siempre será nuevo) en Bethune, en medio del pueblo hambriento de espectáculos monstruosos, que llegó á pagar individualmente cientos y cientos de francos por un sitio á propósito para presenciar de cerca el más horrible de los asesinatos legalizados, se alzaba, guardado de bayonetas que impidieron quizá una antropofagia, consumada si hubiese mediado una mínima libertad en favor de los expectadores se alzaba, repetimos, el patíbulo donde Deibler, el asesino galoneado, mostró á sus admiradores bestiales, en menos de nueve minutos, la ejecución de los hermanos Pollet, Dervo y otra víctima, autores de robos y asesinatos perpetrados en habitantes de uno de los departamentos del norte de Francia. Y más tarde se alza de nuevo el patíbulo, para vergüenza de la civilización del siglo de las luces, en Carpentras y de nuevo el pueblo bárbaro, lleva en andas y entre vítores al asesino mimado, á

Deibler, que creyó, en tiempos idos, con bastante dolor de corazón, que los buenos instintos le prohibirían del goce de sueldo que el estado le concedía en premio á su salvajismo, porque de nuevo hacía bajar la pesada cuchilla de la guillotina sobre el cuello de Remy Danver, otra víctima de la sociedad.

¡Después de esto, habrá quienes se atrevan á negar aún que no hay civilización y que Francia no es la vanguardia de ella!

Un pueblo que para librarse de sus hijos malos y evitar la contaminación en ellos de la criminalología, llega hasta hacer pasar á una de sus partes, representada en el pueblo de Bethune y Carpentras; velando junto á la cárcel donde se guardan los sentenciados, toda una noche, por presenciar y ver de cerca que se ha consumado la ejecución; un pueblo que aloja en el mejor de los hoteles á un Deibler mandándolo buscar, como asesino oficial, á su lugar de residencia, para hacer andar la guillotina; un pueblo de esta naturaleza, que encierra en sus hijos y para sus hijos, tales miramientos, ¿es digna de... veneración!...

Como el pueblo embrutecido esperaba ansioso la decapitación de sus propias víctimas, nosotros esperamos, por razón y justicia, la misma pena para Deibler, pero de seguro que demorará el cumplimiento de nuestro deseo; Deibler, mientras el pueblo francés sea lo que es hoy, tiene papeleta legalizada para matar y por olvido quizá en sus apresuramientos, los Pollet Dervo, Danver y las demás víctimas, se olvidaron de recabarla de la justicia francesa, consiguiendo por olvido la muerte.

Tengan en cuenta esto los que profesan la carrera de Deibler sin consentimiento de la ley y la justicia francesa.

¡Leer á Francia y á Deibler!

La mujer

La actuación de la mujer en la sociedad actual, conduce á todos los que, con conocimientos profundos sobre la vida y sus ramificaciones, deducen que un órgano de su desarrollo, en la especie humana, es materia de aprisionamiento y esclavitud moral y material.

La mujer de hoy no es la compañera libre del hombre, como debiera ser, por cuanto, si llega á desempeñar su misión, casi generalmente, en el seno de su especie, es á costa de innumerables sacrificios y principalmente de su libertad.

Desde el nacimiento hasta la pubertad pasa

la mujer por varios estados de vida, no faltando en ninguno de estos la cohibición de su voluntad.

Comienza su vía-cruce, desde que sus sentidos son puestos al servicio del conocimiento exterior. Se le educa en el ambiente envivante del misticismo; se le vea la realidad con los tapujos de una moral ficticia y llenan todos los días de su niñez con los temores de caídas peligrosas que denigran el honor de las que pecan. Así llega á la juventud; entonces comienza con más tenacidad la lucha entre la mujer y las causas. Los padres, velando por el porvenir de sus hijas, se convierten en fantasmas que persiguen sin tregua los pasos de las adolescentes, ó invocando el buen nombre de la familia, prohíben que florezca en el corazón de sus hijas la flor del cariño, que nace á impulsos de los sentimientos similares. En esto se funda ese cuidado que los padres demuestran por sus hijas cuando éstas, en la edad que revienta en flores todo el verjel de los sentires humanos, buscan y se allegan al compañero que marca en la altura de sus aspiraciones, la veleta de sus naturales instintos.

Pasada esta época, en que la mujer lucha tenazmente contra propios y ajenos, para el logro de su anhelo, llega la de ser doblemente esclava.

Más por las conveniencias familiares ó sociales que por su voluntad, se une á un hombre que sólo encarna para ella el bienestar material, porque desde su unión con él, éste se halla en la obligación, por ley matrimonial, de constituirse en salvaguardia de sus necesidades, quedando así al amparo de las contrariedades de la vida ó librada de la esclavitud paternal. Llegado á este caso, el esposo, ignorante la mayoría de las veces, somete á su compañera á toda clase de rebajamientos, pretextando para ello su superioridad en toda forma, amparado en esto por la ley de la brutalidad y exige de la esposa que eligió por capricho ó conveniencia, un afecto que duerme en el fondo del corazón de su compañera, esperando la llegada, fatal ahora, de quien debiera verdaderamente hacerla suya y es entonces cuando el matrimonio llena sus horas de dolores y la mujer, la parte débil siempre, carga con el madero de las imposiciones hacia el calvario del tormento.

Luego, faltos de cariños, vienen los hijos, hijos del placer, no del amor, y el estado de la víctima de su ignorancia y de la de todos, ennegrece para siempre su vida con el luto de las atormentaciones sin cuento y llevada por la rancia educación que ella recibiera, somete á

(Continuará).

La Imprenta Clandestina

(Continuación)

El Círculo de «Nechiárevi» tuvo también la suya, pero debió enterarla durante mucho tiempo, hasta que fué descubierta, junto con la organización. Los «Dolguuschini» tuvieron la suya, que fué descubierta apenas impresas dos proclamas. El Círculo de los «Clackovzi» hizo análogos tentativas para fundar una, y tenía ya á punto los caracteres y una máquina excelente, cuando, por falta de un lugar donde emplazarla, máquina y caracteres anduvieron durante cinco años consecutivos escondidos en cualquier rincón, sin que lograra hacer uso de ellos la organización.

De modo que la dificultad de hacer funcionar una tipografía en un país donde todo es vigilado, parecía insuperable. Se puede esconder libros, papeles, hombres, pero ¿cómo ocultar una cosa que se traidora por su misma naturaleza, una imprenta, que además del trabajo complicado y á menudo ruidoso, exige mucha gente junta y hace un uso confuso de papel en cantidad grandísima, que devuelven luego impreso?

Después de las innumerables tentativas realizadas y fallidas, la fundación de una imprenta clandestina fué universalmente reconocida, no ya como difícil, sino como imposible; no era más que un sueño vano, un derecho de dinero y un sacrificio de hombres inútil é insensato.

Los hombres serios no hablaron ni quisieron ya oír hablar de ello.

Pero hubo un «soñador» que no quiso asentir á la opinión universalmente admitida, el cual sostenía contra los demás que podía fundarse una tipografía clandestina en el mismo San Petersburgo y que él sería el fundador si le daban al efecto los medios necesarios.

Este soñador se llamaba Aaron Zundelewich, nacido en Vilna (Lituania), hijo de un modesto tendero hebreo.

En la organización de que formaba parte (la que llevaba la divisa siempre vieja y siempre nueva, «Tierra y Libertad»), rieron al principio las fantasmagorías de Zundelewich. Pero consiguió vencer cuantas dificultades se le ofrecieron, hasta que le asignaron diez mil rúbs con las cuales marchó al extranjero, transportó á San Petersburgo todo lo necesario y habiéndose enseñado en el oficio de compositor, le enseñó á otras cuatro personas, con quienes, en 1877, pudo funcionar regularmente e imprimir obras de grandes vuelos la «tipografía libre» en San Petersburgo, la «primera» que mereciera este nombre.

Los principios sobre los cuales basó su empresa fueron tan bien encontrados y combinados, que durante cuatro años consecutivos no pudieron descubrir la más mínima rabadosa en las investigaciones de la policía, hasta que vivieron en ayuda de ésta una traición y una simple casualidad.

(Continuará).